

Humanitas

Anuario del Centro de Estudios Humanísticos
de la Universidad Autónoma de Nuevo León

2009

Año 35 Vol. II

Ciencias Sociales





Rector

José Antonio González Treviño

Secretario General

Jesús Áncer Rodríguez

Secretario de Extensión y Cultura

Rogelio Villarreal Elizondo

Centro de Estudios Humanísticos

Alfonso Rangel Guerra

Anuario *Humanitas* es una publicación trimestral de humanidades editada por la Universidad Autónoma de Nuevo León, a través del Centro de Estudios Humanísticos. Certificado de Licitud de Título y Contenido número 04-2007-070213552900-102. Oficina: Edificio de la Biblioteca Universitaria “Raúl Rangel Frías”, avenida Alfonso Reyes 4000 Nte. Primer piso, C.P. 64440, Monterrey, N. L. México. Teléfono y fax (81) 83 29 40 66. Domicilio electrónico: cesthuma@mail.uanl.mx. Apartado postal No. 138, Suc. F. Cd. Universitaria, San Nicolás de los Garza, N. L. México. Edición: Francisco Ruiz Solís. Portada: Cinthia Pérez.

HUMANITAS

ANUARIO

CENTRO DE ESTUDIOS HUMANÍSTICOS DE LA UNIVER-
SIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

Director Fundador

Dr. Agustín Basave Fernández del Valle

Director

Lic. Alfonso Rangel Guerra

Jefe de la Sección de Filosofía

M. A. Cuauhtémoc Cantú García

Jefe de la Sección de Letras

Dra. Alma Silvia Rodríguez Pérez

Jefe de la Sección de Ciencias Sociales

Lic. Ricardo Villarreal Arrambide

Jefe de la Sección de Historia

Profr. Israel Cavazos Garza

ANUARIO
HUMANITAS 2009

**CIENCIAS
SOCIALES**

LA TERCERA ORILLA: EL CARIBE

Luisa Campuzano¹

EL *NON PLUS ULTRA* INSCRITO en las columnas de Hércules fue sin dudas un gran reto para la fértil imaginación mediterránea, que a lo largo de siglos construyó mitos o elaboró hipótesis sobre tierras que existían o habrían existido más allá del estrecho de Gibraltar. En la antigüedad, el pseudo Aristóteles, Diodoro Sículo, Apolonio de Rodas, Estrabón, Pomponio Mela, Horacio, Isidoro de Sevilla, entre otros, se refirieron a tierras descubiertas en el Atlántico por fenicios y cartagineses, o a la isla de las Hespérides y las islas Afortunadas, o a un *alter orbis* y un “cuarto mundo”. Y Platón se ocupó en dos de sus diálogos de la Atlántida, la gigantesca isla hundida en el océano miles de años atrás. También Isaías y Séneca avizoraron el descubrimiento de nuevas tierras. En el medioevo, otras islas míticas nacieron de las antiguas o se sumaron a ellas, como la de las Siete Ciudades, también llamada Cíbola, y la portuguesa Antilha. (Rojas Mix, 1992: 14-17) ²

¹ Universidad de La Habana / Casa de las Américas, La Habana, Cuba.

² Ver, para un riguroso escrutinio del tema, Juan Gil. *Mitos y utopías del descubrimiento*. Madrid: Alianza, 1989, 3 t.

Entre el siglo XIII y el XV, con el encuentro y la apropiación por portugueses y españoles de archipiélagos cercanos a las costas occidentales de África –Madeira, Azores, Cabo Verde, Canarias–, comienza su andadura lo que será, en feliz definición de Richard Morse, la matriz ibérica de la modernidad,³ ese dominio de los mares asentado en técnicas náuticas, saber cartográfico y experiencia marinera forjados durante siglos de fecundo contacto intercultural en el Mediterráneo.

En el entorno de 1500, esta expansión ibérica hacia el Oeste, de la cual lo más conocido es el llamado descubrimiento de América, da lugar al surgimiento de lo que Quijano y Wallerstein (1992: 549) han denominado el sistema mundial moderno, consolidado en el largo siglo XVI como primer proyecto de globalización económica, política y cultural. Su escenario de estreno fueron las islas que les salieron al encuentro a las naves del genovés Cristóbal Colón.

Islas, Islas, Islas... de las grandes, de las mínimas, de las ariscas y de las blandas: isla calva, isla hirsuta, isla de arena gris y líquenes muertos; isla de las gravas rodadas, subidas, bajadas, al ritmo de cada ola [...]; isla del espolón adusto, del bigarro en dienteperro, del manglar de mil garfios; isla montada en espumas, como infanta haldada de encajes; isla con música de castañuelas e isla de bramantes fauces; isla para encallar, isla para vararse, isla sin nombre ni historia; isla donde canta el viento en la oquedad de enormes caracolas [...] (Carpentier, 1979: 113)

“Islas, islas, islas”, escribe el Colón protagonista de *El arpa y la sombra*, de Alejo Carpentier, cuando recuerda el laberinto del archipiélago cubano. Islas que no son Cipango, ni parte de un continente, por más que el Almirante les haga jurar a sus hombres que sí lo son. Islas donde asegura haber visto sirenas y conocer que habitan amazonas.⁴

³ En el invierno austral de 1992, le escuché a Richard Morse, en la Universidad Federal de Río de Janeiro, esta definición, que sirvió de título a la conferencia que ofreció en el congreso convocado por esa universidad y la Universidad de Sao Paulo con motivo del V Centenario.

⁴ Ver textos y comentarios en Cristóbal Colón. *Textos y documentos completos*. (Prólogo y notas de Consuelo Varela). Madrid: Alianza Universidad, 1982.

Situadas entre los paralelos 10 y 23 y los meridianos 60 y 85, estas más de cincuenta islas son las Antillas, llamadas así por la mítica ínsula portuguesa, y no, gracias a Dios, por el nombre que les diera un extraordinario cosmógrafo francés, Guillaume Le Testú, que llamó al mar que las rodea *la Mer des Lentilles*, engañado por el oído y orientado por las mínimas dimensiones de los miles de islotes, cayos y cayuelos que las escoltan. Agrupadas por su tamaño en Mayores y Menores –y éstas distribuidas entre las de Barlovento y las de Sotavento–, las Antillas trazan un arco que se extiende desde la pequeña Aruba, junto a la costa de Venezuela, hasta el cabo de San Antonio, extremo occidental de Cuba, cercano a la península mexicana de Yucatán. A ellas se añade el grupo de las que primero vio Colón: las Bahamas, localizadas más al norte. Su superficie total es de 233 000 Km², casi la mitad de los cuales corresponden a Cuba.

Ese es el nítido perfil del Caribe insular, en una de cuyas islas discurre la *Utopía* (1516), de Tomás Moro, mientras que en otra, y pareciera que a manera de contrapunto, se desarrolla *La Tempestad* (1611), de William Shakespeare, con sus personajes de nombre español –Gonzalo, Sebastián, Alonso–, con su primer criollo: Ariel, con su nativo: Calibán, anagrama de caníbal, término que volveremos a encontrar más adelante.⁵

Situado en torno al Caribe insular, en las márgenes de ese *Mare Nostrum*, el llamado Circuncaribe o Caribe continental escapa a cualquier intento de inclusión permanente, pues su integración al área o su retraimiento de ella, obedece a razones culturales, étnicas, económicas, históricas, políticas; y varía según el punto de vista que asuman los estudiosos. Así, Nueva Orleans y la Florida fueron netamente caribeñas hasta el siglo XIX; la costa centroamericana, la costa colombiana de Santa Marta a Cartagena, y la costa venezolana, al igual que las Guayanas, se consideran más o menos caribeñas. Pero me pregunto si Veracruz y Yucatán no estarán ya más integradas a México que al Caribe. Para muchos parece muy

⁵ Para una historia del tema, ver Roberto Fernández Retamar. *Todo Calibán*. La Habana: Letras Cubanas, 2000.

exagerado aceptar que el nordeste brasileño también forme parte de esta región y, sin embargo, la Caribbean Studies Association celebró su congreso de 2006 en Salvador de Bahía.

Ese gran Caribe, insular y continental, más o menos conformado a fines del siglo XVIII, es el que recorre, en sus primeras navegaciones, el joven marsellés Víctor Hughes, coprotagonista de *El siglo de las luces*, de Alejo Carpentier:

Hablaba [cuenta el narrador] de las selvas de coral de las Bermudas; [...] del Mardi-Gras de la Nueva Orleans, comparable al de París; de los aguardientes de berro y hierbabuena de la Veracruz, antes de descender hasta el Golfo de Paria, pasando por la Isla de las Perlas y la remota Trinidad. (Carpentier, 1963: 40)

Y en su recorrido se detenía en las islas, en esas Antillas que mucho antes de que se produjera “el encuentro fortuito del paraguas y de la máquina de coser sobre una mesa de disección” (Carpentier, 1949, 8), mucho antes del surrealismo, bastante vinculado, por cierto, con el Caribe francófono, constituían –sigo citando al narrador, que glosa las palabras de Víctor Hughes–: “un archipiélago maravilloso”, donde se encontraban las cosas más raras: áncoras enormes abandonadas en playas solitarias; casas atadas a la roca por cadenas de hierro, para que los ciclones no las arrastraran hasta el mar; un vasto cementerio sefardita en Curazao; islas habitadas por mujeres que permanecían solas durante meses y años, mientras los hombres trabajaban en el Continente; galeones hundidos, árboles petrificados, peces inimaginables; y, en la Barbados, la sepultura de un nieto de Constantino XI, último emperador de Bizancio, cuyo fantasma se aparecía, en las noches ventosas, a los caminantes solitarios... (Carpentier, 1963: 41)

Porque son en verdad un archipiélago maravilloso, porque fue con las islas míticas de la antigüedad y del medioevo con las que comenzamos estas páginas, y porque no es posible abarcarlo todo, sólo me ocuparé del Caribe insular.

Aunque en su tiempo, tiempo en que coincidían las viejas tradiciones mediterráneas con el alborear de la cultura renacentista, el cronista, navegante y humanista Pedro Sarmiento de Gamboa

aseguraba que los pobladores de las Indias eran descendientes de Ulises, quien, según se contaba, habría atravesado las Columnas de Hércules y desaparecido en el Atlántico (Rojas Mix, 1992: 19), lo cierto es que en su mayoría los aborígenes antillanos eran pacíficos arauacos, provenientes de la América del Sur. A lo largo de seis mil años, por oleadas, habían avanzado desde la selva amazónica hasta la desembocadura del Orinoco, y de allí, desplazándose en canoas, habían poblado las islas. Igualmente se acepta la hipótesis de que grupos menores provinieran de Centroamérica. Pero, irónicamente, el pueblo que dará nombre a toda esta región, y tendrá más larga y nada buena fama, fue un pueblo seminómada y marinero, que vivía del saqueo de las islas y que en sus constantes expediciones se dirigía cada vez más al noroeste: los caribes, de cuyo nombre derivó Colón, empeñado en encontrar trazas del gran Can, el término “caníbal”. Término que pronto pasó a significar antropófago, y se convirtió, de acuerdo con los moldes del pensamiento binario occidental, en el *otro* del buen salvaje, del arauaco.

La ocupación de las Antillas mayores por los españoles —que ocupación más que conquista fue— se produce en menos de dos décadas, entre fines del siglo XV y comienzos del XVI. Pedro Mártir de Anglería y Américo Vespucio imponen muy pronto la denominación de *nuevo* para el mundo recién *encontrado* (González Echevarría, 2002: 60). Esta novedad, por lo que tiene de impericia, de ignorancia, se aplica igualmente a las gentes *descubiertas*, y llega a ser uno de los argumentos que legitiman el sistema mundial moderno, basado en la subordinación de los pueblos *inexpertos*, *atrasados* (Quijano y Wallerstein, 1992: 550-52). Ginés de Sepúlveda, perito en Aristóteles y su *Política*, lo expresa así:

Con perfecto derecho los españoles imperan sobre estos bárbaros del Nuevo Mundo e islas adyacentes, los cuales en prudencia, ingenio, virtud y humanidad son tan inferiores a los españoles como niños a los adultos [...] (apud Dussel, 1987: 101)

La forma práctica de someter el Nuevo mundo al dominio

europeo fue muy bien descrita por uno de los primeros cronistas, Hernán Pérez de Oliva, en su *Historia de la inuención de las Yndias*: “dar a aquellas tierras extrañas forma de la nuestra” (*apud* González Echevarría, 2002: 54). El narrador de *El siglo de las luces*, acudiendo a dos modelos aún medievales representa así esta metamorfosis:

Las islas mudaban de identidad integrándose en el Auto Sacramental del Gran Teatro del Mundo. La primera isla [...] había recibido el nombre de Cristo al quedar plantada una primera cruz hecha de ramas en su orilla. Con la segunda habíase remontado a la Madre, al llamarla Santa María de la Concepción. Las Antillas se transformaban en un inmenso vitral, traspasado de luces, donde los Donadores estaban ya presentes en el contorno de la Fernandina y la Isabela, en tanto que el Apóstol Tomás, Juan Bautista, Santa Lucía, San Martín, Nuestra Señora de la Guadalupe y las supremas figuraciones de la Trinidad, se iban colocando en sus respectivos lugares, mientras nacían las villas de Navidad, de Santiago y de Santo Domingo, sobre le cerúleo fondo blanquecido por el laberinto de las Once Mil Vírgenes [...]. Dando un salto de milenios, pasaba este Mar Mediterráneo a hacerse heredero del otro Mediterráneo, recibiendo con el trigo y el latín, el Vino y la Vulgata, la Imposición de los Signos Cristianos. (Carpentier 1963, 293-294)⁶

En el llamado período de la conquista, que abarca los últimos años del siglo XV y todo el XVI, se distinguen dos momentos: el dominicano, cuando La Española, y en particular la ciudad de Santo Domingo, son el centro principal de la región; y la llamada etapa de consolidación, en que España otorga la importancia que merece a todo el Caribe, codiciado espacio de entrada al continente y de tránsito de hombres y mercancías entre el Viejo y el Nuevo mundos. (Álvarez y Mateo, 2005: 67-68)

En la etapa dominicana el modo de dar forma europea a estas “tierras extrañas” es someter, repartir y poner a producir a los aborígenes, poblar, procurar otorgarles al rey y a la Iglesia los espacios y derechos que les corresponden sin contrariar demasiado la avidez

⁶ Cf. Jacques Joeset. “El mestizaje lingüístico y la teoría de los dos Mediterráneos en la obra de Alejo Carpentier”, *La Torre*, N° 2, 1987, pp. 251-263.

y el poder de los conquistadores/encomenderos; reproducir instituciones que existen en España y levantar las edificaciones correspondientes (catedral, con fachada plateresca, universidad...), ocupar Puerto Rico, Cuba, Jamaica. En la etapa de consolidación, la memoria histórica del Mediterráneo europeo proveerá los dispositivos necesarios para el manejo y protección del Mediterráneo americano.

Tenemos, en primer término, las decenas de ciudades surgidas de inmediato en las costas isleñas y continentales del Caribe. Son ciudades-puertos-factorías, destinadas a garantizar la comunicación con la metrópolis, a promover y controlar la explotación del territorio en que están enclavadas, y a permitir el rápido y seguro envío a España de los tesoros que durante siglos habían acumulado las grandes culturas aborígenes, con las que se ha entrado en devastador contacto desde la tercera década del siglo XVI. Su modelo de distribución espacial, como lo advirtiera Erwin Walter Palm, no fueron las ciudades medievales de la Península, sino las ciudades fundadas en las colonias romanas, con un trazado urbano tomado de los *castra*, una plaza central, donde van a confluír el poder civil y el religioso, y una cuadrícula de pequeñas calles organizadas a partir de esa plaza. Pero muchas de las manos que las levantan son de alarifes, de albañiles y carpinteros “berberiscos”, muchos de ellos llegados a América después de la expulsión de los moriscos. (Palm, 1995: I, 89; Buscaglia-Salgado, 2003: 66-78)

El léxico empleado por cronistas e historiadores contemporáneos también da cuenta de la herencia romana. No es de extrañar que Pedro Mártir de Anglería, para quien la “venerada y majestuosa antigüedad” era la medida de todas las cosas (González Echevarría, 60), y Tito Livio su modelo explícito, se valga del término “colonia” con el sentido que tenía entre los romanos, para reportar la fundación por Hernán Cortés, en 1519, de Veracruz: *in gleba fortunatissima fundandae coloniae locum designant* (*apud* Mazzotti, 9). Pero noventa años más tarde el uso de este término por el Inca Garcilaso no es sólo un préstamo lexical, sino una identificación de sentidos y de voluntad con el modelo que ofrecía Roma. Así, en el proemio a su

Florida, exhorta a España “a la ganar y poblar [...] no sea más que para hacer colonias, donde envíe a habitar sus hijos, como hacían los antiguos romanos cuando no cabían en su patria.” (*apud*, Mazzotti, 9)

Estas ciudades-puertos-factorías, donde igualmente está presente la tradición constructiva heredada del islam, son ciudades protegidas por un sistema de defensa basado en otro saber mediterráneo: el de la escuela de fortificación abaluartada italiana, típica del Renacimiento (Zapatero, 1976: 36), que proveerá los medios que garanticen su seguridad y la de los espacios por donde se desplazan las flotas, organizadas entre 1543 y 1566. Tres generaciones de ingenieros de la familia Antonelli, a partir del último cuarto del siglo XVI y durante un buen tramo del XVII, levantan en el Caribe el “mayor conjunto defensivo realizado unitariamente hasta la fecha” (Segre, 1968: 27). De la península de Araya, en Venezuela, hasta la península de la Florida, dominando todo el arco insular y costero del Caribe, se extienden esas imponentes fortificaciones, cada una con su función específica. Las de Cartagena de Indias y Portobelo reciben y protegen los tesoros provenientes de la Nueva Granada y del Perú. Las de Veracruz y San Juan de Ulúa, las riquezas de la Nueva España y las mercancías traídas por el galeón de Manila. En San Juan de Puerto Rico y en Santo Domingo los castillos funcionan como autodefensas de todo el Caribe, en tanto fortificaciones como Santiago de Arroyo, en la península de Araya, Campeche, en México y San Agustín, en la Florida, sirven de centinelas. Desde que se descubriera cómo la corriente del Golfo acortaba la duración de los tornaviajes, Cuba, que es el centro de toda la circulación marítima, cuenta con dos grandes puertos fortificados, el de Santiago, al sudeste, y el de La Habana, en el noroeste, a más de fortificaciones menores en las costas norte y sur. En La Habana, tres fortificaciones, una anterior a los Antonelli, el castillo de la Real Fuerza, y dos diseñadas por ellos, el Castillo de San Salvador de la Punta y el Castillo de los Tres Reyes del Morro, custodian durante meses las naves que se reúnen en su protegida rada para partir hacia España juntas, y bien resguardadas por buques de guerra.

Por otra parte, el carácter compulsivo de la evangelización de los aborígenes, y la servidumbre, el trabajo y los castigos brutales a que estaban sometidos, y que provocan su casi total extinción en menos de dos siglos, dan lugar, en fecha muy temprana, a que frailes como Antonio de Montesinos y Bartolomé de las Casas impugnen y denuncien los principios religiosos y jurídicos en que se sustentaban la conquista y ocupación de las Indias. Cuando se habla del Mediterráneo, no puede desconocerse la enorme importancia que tendrán en la historia política de España, y aún más, en la historia de las ideas y el humanismo, las polémicas desarrolladas a partir de este cuestionamiento forjado en la experiencia caribeña de estos frailes españoles.⁷

Mientras que los puertos de las Antillas hispanas situados en el “circuito de navegación legal” desempeñan sus funciones de servicio, vinculadas con las flotas, con el gravoso monopolio comercial establecido por la metrópolis, con el traslado de pasajeros, con su avituallamiento, con su protección militar; ya a comienzos del siglo XVII “el resto de las poblaciones llevan una existencia precaria, sin protección y entregadas al contrabando” (Venegas, 1998: 107). Desde fines del XVI contrabando y piratería son temas frecuentes en textos tanto de carácter administrativo, como literario. Ejemplos elocuentes son algunos de los poemas fundacionales de las letras caribeñas, como *La Florida*, del franciscano Alonso Gregorio de Escobedo, y *Espejo de Paciencia*, del escribano canario Silvestre de Balboa.⁸ Derrotada la Armada Invencible, el mar interior de las Indias se transforma poco a poco en un mar enemigo para los españoles. Y ya no sólo corsarios y piratas, sino armadas regulares, despliegan su hostilidad en sus aguas, convirtiendo su cuenca en una “frontera imperial” (Bosch, 1979: *passim*), donde se desarrollan batallas originadas en Europa.

⁷ Lewis Hanke. *The Spanish Struggle for Justice in the Conquest of America*. Filadelfia: University of Pennsylvania Press, 1947, sigue siendo el más importante estudio sobre este tema.

⁸ Sobre la relación de este poema *bayamés* con la persecución legal de autoridades políticas y eclesiásticas de Bayamo, en Cuba, cf. Manuel Moreno Fraginál. “Claves de una cultura de servicio”, *La Gaceta de Cuba*, julio de 1990, pp. 2-5.

Cuando Quevedo presagia en el terceto final de su famosa “Advertencia” la pérdida sucesiva de las posesiones españolas: *Y es más fácil, job, España!, en muchos modos, que lo que a todos les quitaste sola te puedan a ti sola quitar todos* (1976: 202), ya este proceso se había iniciado en las Antillas, dejadas a su suerte, y en verdad prácticamente despobladas, por la codicia de autoridades y colonizadores que fueron tras las riquezas de la tierra firme. Convertidas en botín de guerras lejanas, cedidas o compradas, atrapadas en “la dinámica feroz de la política exterior europea” (Álvarez-Mateo, 71), las islas van cayendo poco a poco en manos de Inglaterra, Francia, Holanda... Y no son sólo las Antillas menores, diminutas y distantes, sino también las mayores. Primero Inglaterra se apodera de Jamaica, tan cercana a Cuba, y luego Francia obtiene la porción occidental de la Española.

Si hasta fines del siglo XVI el Caribe había estado poblado mayormente por aborígenes, españoles y pocos cientos de esclavos africanos, a mediados del XVII comienza a convertirse en el “escenario de la confluencia de razas más extenso e intenso que registra la historia” (Benítez Rojo, 1998: 238), receptor de migraciones voluntarias o forzadas del más diverso tipo, y de muy distintos orígenes, las que se sucederán hasta nuestros días, otorgando a esta región la riquísima variedad étnica y racial en que reside su más notorio perfil.

Las islas inglesas, francesas, holandesas... instalan en el paisaje caribeño una dimensión atlántica que, sin embargo, no tiene mucho que ver con las metrópolis, salvo para la remisión de sus ganancias a señores absentistas, y para garantizar desde allí el seguro y puntual tráfico de barcos negreros, del “Middle Passage”, por el hemisferio austral de este océano, para el que Paul Gilroy ha reivindicado el nombre de Black Atlantic.⁹ Agotadas las escasas fuentes de riqueza que alguna vez habrían tenido estas islas, y aniquilada la población aborígen, se inicia, con la producción de azúcar y el régimen de plantación, la esclavitud de africanos, de los que en tres siglos el

⁹ Ver Paul Gilroy. *The Black Atlantic: Modernity and Double Consciousness*. Cambridge, Mass.: Harvard UP, 1993.

Nuevo Mundo recibe no menos de 10 millones, la mayoría destinados al Caribe. La plantación –cuyo origen está en el Mediterráneo– marca el destino económico, político, demográfico, cultural de las Antillas,¹⁰ también llamadas por ello Sugar Islands; promueve, además, la esclavitud o semiesclavitud de centenares de miles de culíes de China, Macao, India, Malasia; y contribuye sustancialmente al desarrollo del capitalismo mercantil e industrial, como lo demostrara hace más de medio siglo Eric Williams en su *Capitalism & Slavery*.

Se ha dicho que el tiempo histórico del Caribe es rápido: se transita aceleradamente de una etapa a otra. Así, a fines del XVII los franceses dotan a su colonia de la Saint-Domingue de la más moderna técnica, y la convierten en la azucarera del mundo; también introducen en ella el cultivo del café, para el que desarrollan un excelente sistema productivo. Pero en 1791 estalla la rebelión de los esclavos y en 1804 Haití proclama su independencia. Francia, a su vez, en plena Revolución, recibe como botín, en 1795, la porción española de la isla, que en menos de un siglo va y viene de manos francesas, a manos haitianas, a manos dominicanas, a manos españolas, a manos inglesas... Estos versos, atribuidos al sacerdote Juan Vázquez, testimonian con ingeniosidad y desconcierto ese proceso:

Ayer español nací,
a la tarde fui francés,
a la noche etíope fui,
hoy dicen que soy inglés.
¡No sé qué será de mí! (Torres-Saillant, 1994)

Se ha dicho que la insularidad, tema sustantivo en las Antillas, promueve el aislamiento. Pero no siempre es así, porque de un modo u otro se interrelacionan las islas, las costas, el Viejo y el

¹⁰ Sobre este tema, un libro pionero, que marcó toda la historiografía cubana del siglo XX, es: Ramiro Guerra. *Azúcar y población en las Antillas* [1927]. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 1970.

Nuevo mundo. En un desplazamiento hacia el Caribe del escenario de la Guerra de los siete años, en 1762 La Habana fue ocupada once meses por los ingleses. Su puerto, abierto entonces al comercio mundial, se beneficia, tres lustros más tarde, de la guerra de independencia de los futuros Estados Unidos, albergando y avituallando a las fuerzas con que Carlos III apoya a las Trece Colonias, y comerciando con ellas. Esa acumulacioncita originaria de capital, un gran incremento de la masa de esclavos, la ruina de la producción azucarera y cafetalera de la *Saint-Domingue*, y la adquisición de su técnica, gracias a la emigración a La Habana y Santiago de muchos franceses, proporcionan a Cuba el impresionante desarrollo económico que alcanza desde inicios del siglo XIX, y que se incrementará con el desplome de la fabricación de azúcar en las *West Indies*, acaecido a consecuencia de la decisión de Inglaterra de ilegalizar la trata en 1807 y de abolir la esclavitud en 1833, acciones determinadas por el empuje de la revolución industrial y el libre comercio; razones económicas que sagazmente se articulan en un efectivo discurso religioso y moral, que daría mucho trabajo a las autoridades españolas y muchas páginas a la literatura cubana.

Dejando a un lado a Haití, donde los esclavos se emancipan a sí mismos, en las colonias francesas la esclavitud, abolida por la Convención Nacional en 1794, y restaurada por Napoleón en 1802, fue definitivamente extirpada por la revolución de 1848. Pero en Cuba y Puerto Rico se prolonga hasta 1886, y aunque la trata era ilegal desde 1820, se mantiene hasta los años sesenta o más. El miedo de la “sacarocracia” (Moreno, 1978: *passim*) nativa a que la superioridad numérica de los esclavos repitiera la experiencia de Haití, fue una de las causas de que en Cuba y Puerto Rico se pospusiera la lucha independentista y se manejaran, en cambio, opciones reformistas. Esto las llevó a ser las últimas colonias españolas y a pasar a manos de Estados Unidos al término de la breve guerra hispano-americana, la cual rediseñó la dinámica del Caribe occidental, convertido en el mar interior de Estados Unidos; que no otorgó la independencia a Puerto Rico, que terminó de construir el Canal de Panamá —amasado con sangre caribeña—, que

instaló la base naval de Guantánamo en Cuba –cuya independencia tuvo que reconocer, pero atada al arbitrio norteamericano por una enmienda a su constitución–, y que ocupó militarmente por largos años Haití y la República Dominicana. En lo que respecta a las Antillas Menores, su estatuto colonial no se modificó hasta la segunda mitad del siglo XX, en que se les otorgó la independencia a la mayor parte de los territorios ingleses y holandeses, mientras que Martinica y Guadalupe sólo adquirieron, en 1946, la condición de departamentos franceses de ultramar.

A la altura de esta página, trato de no eludir por más tiempo la pregunta quejosamente formulada por el historiador haitiano Gérard-Pierre Charles a un amigo puertorriqueño a la salida de un congreso sobre economía antillana o algo así: “cuándo nos reuniremos para hablar de las contribuciones del Caribe a la alegría del mundo”. (Quintero, 1998: 13). Y a eso, que me parece importantísimo, trataré de llegar.

Cuando el dictador protagonista de *El recurso del método* de Alejo Carpentier decide adoptar la divisa de la latinidad para legitimar su gobierno –algo que, como se ve, no sólo hicieran Mussolini y Franco–, aborda el tema desde una perspectiva “étnica” y “demográfica” que, aunque referida explícitamente a toda la América Latina, sería sobre todo aplicable al Caribe, por la homologación implícita con el Mediterráneo que el texto propone:

Todas las razas del mundo antiguo [dice] se habían malaxado en la prodigiosa cuenca mediterránea, madre de nuestra cultura. Tremenda cama redonda había sido aquella, de romano con egipcia, de troyano con cartaginesa, de helena famosa con gente de color quebrado. Decir *Latinidad* era decir mestizaje, y todos éramos mestizos en la América Latina; todos teníamos de negros o de indios, de fenicios o de moros, de gaditanos o de celúberos [...] ¡Mestizos éramos y a mucha honra! (126)

En sus ritmos, bailes, carnavales, creoles estos pueblos del mar han metabolizado las grandes cuotas de dolor con que se ha cocinado lo que Fernando Ortiz llamara nuestro “ajíaco”, ese *pot pourri* étnico en que los rasgos, los acentos, los cadencias, las creencias de todos

se mezclan en el gran caldero del Caribe, pero sin perder su identidad particular, permitiendo que al hincarles el diente, se pueda percibir el sabor de cada ingrediente (2002: *passim*). En las Antillas, que son “la unión de lo diverso” (Benítez Rojo, 1998: 16), todos conservan, sin embargo, su perfil.

Ir, venir, volver a ir, como el mar, en un vaivén ininterrumpido. Así han transcurrido cinco siglos de encuentros y desencuentros entre los dos mediterráneos. En condiciones de dominación de una raza por otra, durante los tres primeros, convivieron y más o menos se mezclaron europeos, aborígenes y africanos. En el XIX se suman culíes chinos y chinos californianos, indios, javaneses, indonesios, coreanos, libaneses, sirios, palestinos. Entre finales del XIX y buena parte del XX, inmigrantes europeos pobres. Por razones demográficas y culturales, la mezcla de españoles y africanos fue más intensa en las Antillas hispanas, donde la ambigua, inquietante e incontrolable condición del mestizaje, ese sí es/no es de la tensión blanco/negro, lo marca todo con la “precisión de la imprecisión” (Díaz Quiñones, 2000: 32). En 1934, el mismo año en que el martiniqueño Aimé Césaire rescataba y valorizaba la autodenominación de *négre*, y proponía la *négritude* como identidad de la comunidad francófona afroantillana, el sujeto lírico de “Palabras en el Trópico”, del cubano Nicolás Guillén, afirmaba: “Dice Jamaica/ que ella está contenta de ser negra,/ y Cuba ya sabe que es mulata!” (Guillén, 1985: 122). Pero en República Dominicana, nación construida en pugna permanente con Haití, y cuya frontera es un río llamado Masacre, precisamente allí donde Montesinos y Las Casas denunciaron el exterminio de los aborígenes, el color de la piel recogido por los documentos oficiales es “indio puro” o “indio claro”, en vez de negro o mestizo. En las Antillas hispanas se habla más o menos una misma variante del español: no hay creoles, aunque algunos lingüistas intenten demostrar que sí los hay. Pero en las Antillas menores, en Jamaica, en Haití, la oralidad de una música que sólo podía ser cantada hasta que se inventaran los tambores quedados en África; la oralidad de lenguas ancestrales conservadas en ritos religiosos que no pudieron disfrazarse, como

en las Antillas hispanas, con la imaginería del catolicismo; la oralidad de la ardua mezcla de la lengua propia con las lenguas de los amos, tan lejanos o ausentes, difíciles si no imposibles de aprender, toda esta oralidad dio lugar a diferentes creoles.

Parte importante de la producción intelectual del Caribe, notablemente elevada en relación con su población, se ha dedicado a investigar su compleja identidad, la condición colonial que la ha determinado, y a proponer, a partir de estas indagaciones, teorías que han encontrado amplio eco en un mundo globalizado donde se multiplican los desplazamientos humanos y las sociedades posmigratorias, tan comunes, antes y ahora, entre los antillanos. Transculturación (Ortiz), *négritude* (Césaire, Senghor, Damas), negrismo (Palés Matos, Guillén), *antillanité* (Glissant), realismo maravilloso (Carpentier), *créolité*, (Bernabé, Chamoiseau, Confiant), *créolisation* (Glissant, Brathwaite, Walcott), calibanismo (Fernández Retamar), mulataje (Buscaglia) son distintos momentos en la articulación de un fértil discurso poscolonial, con irradiaciones hacia otros continentes.¹¹

En el ir, venir, volver a ir de los ritmos, la mera lectura de los musicólogos atentos a las Antillas hispanas, o de los que se ocupan del flamenco, nos remite a una cinta de *Moebius* por donde circulan cadencias que se repiten, se enriquecen y se transforman: chaconas, zarabandas, batuques, zarambeques llegados a Cádiz y Sevilla con las flotas, presentes ya sólo como referencia en el teatro de los Siglos de Oro; guajiras, rumbas, tangos insertados en la genealogía del flamenco, que recibe el influjo de estos cantes de ida y vuelta tal vez reconociendo en ellos los ecos de acentos africanos que habrían

¹¹ Algunos textos relevantes sobre el tema: Fernando Ortiz. *Contrapunteo cubano del tabaco y del azúcar* [1940]. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales, 1983; René Depestre. *Bonjour et adieu à la négritude*. París: Robert Laffont, 1980; Mónica Mansour. *La poesía negrista*. México: Era, 1973; Édouard Glissant. *Le discours Antillais*. París: Seuil, 1981; Alejo Carpentier. "Prólogo". *El reino de este mundo*. México: EDIAPSA, 1949; Jean Bernabé, Patrick Chamoiseau, Raphaël Confiant. *Éloge de la créolité*. París: Gallimard / Presses Universitaires Créoles, 1989; Édouard Glissant. *Poétique de la relation*. París: Gallimard, 1990; Kamau Brathwaite. "La criollización en las Antillas de lengua inglesa", *Casa de las Américas*, N° 96, 1976, pp. 19-32; Roberto Fernández Retamar. *Todo Calibán*. La Habana: Letras Cubanas, 2000; José F. Buscaglia-Salgado.

llegado antes a España con negros como el Luis de *El celoso extremeño*; habaneras cantadas en puertos del Levante, de Andalucía –y también del Cantábrico–, desde donde se expandieron por América y Europa (Carpentier, 1988: 51-63). Y a la inversa, a más de la música culta, secular y religiosa, venida de España, las jácaras progenitoras de la guaracha, el fandango que se emparenta con algunas tonadas del punto cubano... hasta llegar a las guarachas cantadas como rumbas flamencas por Pepe de la Matrona (Linares y Núñez, 1998-1999: *passim*), las guajiras de Pepe Marchena, o los sones y boleros del Cigala y Bebo Valdés. Músicas que se contaminan con beguines, calypsos, soko, steel drums, reggae, salsa, merengue, blues...

Ir, venir, volver a ir... También la fabricación de azúcar, *fons et origo malis*, se mece al compás de este vaivén. Introducida por los musulmanes en el sur de España, llegada del Mediterráneo al Caribe, volverá del Caribe al Mediterráneo cuando Ramón de la Sagra, sabio gallego que ha vivido y trabajado en Cuba, lleve en 1845 a las azucareras de Granada y de Málaga, de Motril y Salobreña, de Frigiliana y Torre del Mar, la tecnología de punta desarrollada en la Isla.¹²

Ir, venir, volver a ir... En el Caribe, “reino natural e impredecible de las corrientes marinas, de las ondas, de los pliegues y repliegues, de la fluidez y las sinuosidades” (Benítez Rojo, 1998: 26), un poeta mestizo, de lengua inglesa, que algún día del año en que se cumpla medio milenio de la ocupación de las Antillas recibirá el premio Nobel, se prepara para recrear el universo caribeño en su ineluctable insularidad, en el largo adiós de las migraciones, en la eterna dependencia de un destino fraguado lejos. Derek Walcott se acerca a la playa, mira desde el Caribe hacia el Mediterráneo, y escribe:

*Al final de esta frase, empezará a llover
Y al filo de la lluvia, una vela.
Lentamente la vela perderá de vista las islas;
la creencia en los puertos de toda una raza
se perderá entre la niebla.*

¹² En Torre del Mar hay una tarja que rememora este hecho.

Luisa Campuzano

*La guerra de los diez años ha terminado.
El pelo de Elena, una nube gris.
Troya, un foso de ceniza blanca
junto al mar donde llovizna.
La lluvia se tensa como las cuerdas de un arpa.
Un hombre con sus ojos nublados la toca con sus dedos
y tañe el primer verso de la Odisea.*

(“Archipiélagos”, Mapa del Nuevo Mundo)

Bibliografía:

- ÁLVAREZ, Luis; MATEO, Margarita (2005), *El Caribe en su discurso literario*. Santiago de Cuba: Editorial Oriente.
- BENÍTEZ ROJO, Antonio (1998), *La isla que se repite*. Barcelona: Casiopea.
- BOSCH, Juan (1979) *De Cristóbal Colón a Fidel Castro. El Caribe, frontera imperial*. Madrid: Alfaguara.
- BUSCAGLIA-SALGADO, José F. (2003), *Undoing Empire. Race and Nation in the Mulatto Caribbean*. Minneapolis, MN: University of Minnesota Press.
- CARPENTIER, Alejo (1949), "Prólogo". *El reino de este mundo*. México: EDIAPSA.
- ____ (1963), *El siglo de las luces*. La Habana: Ediciones R.
- ____ (1974), *El recurso del método*. La Habana: Letras Cubanas.
- ____ (1979), *El arpa y la sombra*. La Habana: Letras Cubanas.
- ____ (1988), *La música en Cuba [1946]*. La Habana: Letras Cubanas.
- DÍAZ-QUINONES, Arcadio (2000), *El arte de bregar*. San Juan, P.R.: Callejón.
- DUSSEL, Enrique (1987), *1492. El encubrimiento del otro*. México: Fondo de Cultura Económica.
- GONZÁLEZ ECHEVARRÍA, Roberto (2002), *Crítica práctica y práctica crítica*. México: Fondo de Cultura Económica.
- GUILLÉN, Nicolás (1985), *Obra poética*. La Habana: Letras Cubanas, 2 t.
- LINARES, María Teresa; NÚÑEZ, Faustino (1998-1999), *La música entre Cuba y España*. Madrid: Fundación Autor. 2 t.
- MAZZOTTI, José Antonio (2000), "Introducción". *Agencias Criollas. La ambigüedad "colonial" en las letras hispanoamericanas*. José Antonio Mazzotti (ed.), Pittsburg: Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana, pp.7-35.

- MORENO FRAGINÁLS, Manuel (1978), *El ingenio; complejo económico social cubano del azúcar*. La Habana: Ed. de Ciencias Sociales, 3 t.
- ORTIZ, Fernando (2002), “Los factores humanos de la cubanidad” (1949). *Ensayo cubano del siglo XX*. Rafael Hernández y Rafael Rojas (eds.). México: Fondo de Cultura Económica. pp. 74-99.
- PALM, Erwin Walter. (1955), *Los monumentos arquitectónicos de la Española, con una introducción a América*. Barcelona: Seix Barral.
- QUEVEDO, Francisco de (1976), *Poesía. Los sueños*. La Habana: Arte y Literatura.
- QUIJANO, Aníbal; WALLERSTEIN, Immanuel (1992), “Americanity as a concept, or the American in the modern world-system”. *International Social Science Journal*, no. 134, nov. de 1992, pp. 549-557.
- QUINTERO RIVERA, Ángel G. (1998) *Salsa, sabor y control. Sociología de la música tropical*. México: Editorial Siglo XXI.
- ROJAS MIX, Miguel (1992), *América imaginaria*. Barcelona: Editorial Lumen.
- SEGRE, Roberto (1968), “Significación de Cuba en la evolución tipológica de las fortificaciones coloniales de América”, *Revista de la Biblioteca Nacional “José Martí”*.
- TORRES-SAILLANT, Silvio (1994) “Dominican Literature and its Criticism”, A. J. Arnold (ed). *A History of Literature in the Caribbean. Vol. I: Hispanic and Francophone Regions*. Amsterdam/Philadelphia: John Benjamins Publishing Company.
- VENEGAS, Carlos (1998), *Trinidad, patrimonio de la humanidad*. La Habana: Letras Cubanas.
- ZAPATERO, Juan Manuel (1978), *La fortificación abaluartada en América*. San Juan, P.R., Instituto de Cultura Puertorriqueña.